

Memorias de la Asamblea Parque Rivadavia: un repaso sobre el fenómeno asambleario argentino*

María Laura Eberhardt **

La asamblea de Parque Rivadavia, del barrio porteño de Caballito, nació tras los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001. En sus primeros tiempos, Parque Rivadavia gozó de una amplia concurrencia de “vecinos” directamente afectados por la crisis: ahorristas “acorralados”, comerciantes, profesionales, trabajadores precarizados, desocupados; preponderantemente adultos, seguidos por jóvenes, en su mayoría afiliados a diversos partidos políticos. Sin embargo, meses después, el cansancio y la desilusión se combinaron en una notable reducción del número de participantes; unido a la separación del sector de los ahorristas que constituyó un movimiento propio.

En sus comienzos, contó con fuerte presencia de militantes partidarios de varias corrientes político-ideológicas, principalmente de izquierda, que se sumaron a la misma. A pesar de que el discurso general legitimado por los vecinos estaba dirigido a la lucha contra el actual sistema, su reemplazo por un “gobierno de asambleas” y la convocatoria a una Asamblea Constituyente libre y soberana, de gran horizontalidad y lindante con la democracia directa, existía una amplia gama de posturas divergentes (y, en varias oportunidades, contradictorias) sobre los mecanismos, formas y tiempos para llevarla a cabo, que hacía naufragar los más ambiciosos ideales.

El grado de apertura y permeabilidad al ingreso de individuos pertenecientes a distintas organizaciones (partidarias, sindicalistas, entre otras) fue bastante alto. Su permanencia y consideración posteriores se asentarían, sin embargo, en la propia disposición y habilidad para desempeñarse, al interior de la asamblea, respetando los métodos y principios básicos de la misma. El llamado “aparato” (palabra de múltiples significados, asociada al intento de manipular el funcionamiento de la asamblea para fines partidarios), era una acusación recurrente entre los asambleístas y un motivo de desconfianza y rivalidades mutuas.

La movilización del Primero de Mayo, conmemorativa del día del Trabajador, fue un claro ejemplo de esto último. Lo que comenzó a planificarse como una gran manifestación de todos los sectores en lucha (asambleas, piqueteros, ahorristas, desocupados, sindicalistas, partidos políticos), reunidos en la Plaza de Mayo, terminó desintegrándose en varios actos simultáneos, que fueron desarrollados en diferentes puntos de la ciudad. Las asambleas y algunos partidos políticos, se

* Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Taller de Ciencia Política: “*La política en los tiempos de las asambleas*”, dirigido por el Dr. Juan Manuel Abal Medina (h); marzo a diciembre de 2002.

** FLACSO-Buenos Aires

nuclearon junto al Obelisco. Desde ese momento aceleró sus pasos la ya incipiente fractura y decadencia de la Interbarrial, escenario principal de los mayores enfrentamientos desatados entre posturas opuestas.

Tras un momento inicial de “catarsis” y denuncias cercano al caos, la naciente asamblea comenzó a tomar forma canalizando nuevos discursos y dando a luz a novedosas (y otras ya conocidas) manifestaciones de expresión colectiva. Se llegó incluso a la redacción de un programa general de principios de acción, el que fue aprobado en la Asamblea Nacional del 17 de marzo y consensuado por todas las asambleas. Las consignas reivindicadas incluyeron el no pago de la deuda externa, la re-estatización de empresas privatizadas, la devolución de los depósitos bancarios, la nacionalización de la banca y AFJP, la anulación de la rebaja salarial, entre otros.

Marchas, cacerolazos y escraches constituyeron sus instrumentos de protesta más característicos. Algunas veces fueron combinados con ollas populares, recolección de firmas por petitorios concretos, y festivales barriales. Las consignas estaban dirigidas contra un “gran enemigo” que, lejos de tener una forma y contenido únicos, podía ser encarnado, en diferentes ocasiones, por el gobierno, ex-represores, los servicios de inteligencia, el FMI. Sin embargo, lo que originalmente representó un cacerolazo semanal en la Plaza de Mayo, derivó luego en una movilización mensual los días 20, conmemorativa de la nueva “fecha patria”.

Pronto se vislumbraron incipientes rasgos de institucionalización. Uno de los más notables consistió en la distribución de los vecinos en distintas comisiones, agrupados en torno a diferentes temáticas, con el fin de profundizar y hacer efectivas discusiones surgidas a nivel de la asamblea general, pero sin poder de voto más allá de lo dispuesto en la misma. Había una retroalimentación entre ambas instancias que sumaba dinamismo a la acción de conjunto.

Otros elementos institucionales incluyeron: la adopción de un sistema de oratoria (turnos cortos, ordenados en una lista confeccionada al inicio de la sesión); otro de coordinación (ejercido transitoriamente por algún asambleísta elegido a simple pluralidad entre varios postulantes); de votación (mayoría simple a mano alzada); de financiamiento de gastos varios (colaboración voluntaria “a la gorra”); de identificación (uso de banderas); y de prensa (publicación de boletines semanales con las actividades más trascendentes).

Resulta significativo señalar la ausencia de liderazgos permanentes y formales. Si bien podían distinguirse personalidades carismáticas con alto nivel de exposición y que sumaban gran adhesión a sus ponencias públicas, se percibía un general rechazo, y hasta temor, a la instauración de cualquier tipo de verticalidad, jerarquía o burocratización del poder. A pesar de los avances de institucionalización persistía, por ejemplo una rotunda oposición frente a los intentos concretos de formación de un partido político. Otro ejemplo de ello fue la desconfianza manifestada ante la creación de una comisión para la organización de la Interbarrial; la que, según creían, terminaría

diluyendo sus rasgos constitutivos de espontaneidad y horizontalidad a favor del dominio por parte de líneas partidarias o gubernamentales externas.

Respecto de su modo de funcionamiento interno, vemos que la oratoria adquirió una singular importancia al momento de formular una opinión, realizar una propuesta o emitir un juicio. El dominio de la escena y el uso del lenguaje conquistaban mayores apoyos y simpatías que el más elaborado de los proyectos. Varias ponencias claramente antagónicas lograban un amplio reconocimiento de un mismo espectador en una misma tarde.

Un dato curioso sobre las comisiones, y que refleja la tendencia ideológica predominante de la asamblea, es el relativo a los tópicos de las mismas: existían comisiones de Organización, Protección, Prensa, Cultura, Educación, Salud, Asuntos Barriales y Economía. Resultaba sumamente extraño que, en un movimiento popular agrupado bajo el lema indiscutible del “que se vayan todos”, no existiese una comisión de Política que tratara el problema concerniente al “y después que?”. No obstante, la respuesta a este interrogante obedecía a la propia cosmovisión de tinte marxista predominante en la asamblea: ¿Cómo podía hablarse de los asuntos “políticos” independientemente de los económicos? ¿Cómo pensar la “superestructura” sin analizar previamente la “estructura”, cuando es ésta última la que antecede y condiciona a la primera? Esto encubría un sentir compartido que trascendía la mera caída del gobierno, al tiempo que dejaba al descubierto el déficit de herramientas apropiadas para la construcción de una vía alternativa.

Por otra parte, la comisión de Protección, con su control sobre las actuaciones de los asambleístas, velaba por el normal desarrollo de la reunión, indagando en los antecedentes de personajes sospechosos, y siempre alerta a posibles servicios de inteligencia, agentes oficialistas, “infiltrados”, entre otros.

Finalmente, el grupo nucleado en torno a los “Asuntos Barriales”, reflejaba la identidad fuertemente barrial de la asamblea. El mismo se encargaba de atender las necesidades más urgentes de los “vecinos” del barrio (categoría básica del asambleísta), aunque sin perder de vista la conexión más global con el resto de las asambleas capitalinas (y del resto del país) congregadas en la Interbarrial de Parque Centenario y en la Asamblea Nacional. Sin embargo, la perspectiva barrial más acotada terminó predominando en el desarrollo posterior del movimiento frente a su visión de conjunto. Tal acotamiento se concretizó en proyectos de acción (algunos realizados en conjunto con otras asambleas del barrio) tales como: huertas orgánicas, ciclos de cine, compras comunitarias, entrega de bolsones de comida, empadronamiento de desocupados, acciones solidarias con vecinos afectados por diversas problemáticas, club del trueque; en detrimento del componente más combativo y de “dominio de las calles”. Lentamente, se fue perdiendo la vanguardia en la protesta por reivindicaciones de amplio alcance, volcándose mayoritariamente a una actividad de tipo netamente asistencialista.

A modo de ilustración puede mencionarse el caso de la toma de un galpón ubicado sobre terrenos adyacentes a la vía. Tras varias jornadas de resistencia, los asambleístas obtuvieron las llaves del mismo y el permiso de uso por parte del CGP barrial. El edificio fue usado inicialmente para efectuar reuniones extraordinarias con las demás asambleas de Caballito, para encuentros de comisiones, para el reparto de las compras comunitarias, y para el desarrollo de charlas convocadas sobre temas de interés. Entre las actividades que pretendían incorporar en el lugar se encontraban: la creación de un merendero para chicos de la calle sustentada con la colaboración de algunas empresas y del gobierno; la organización de festivales con el fin de atraer a nuevos vecinos; la apertura de un banco de remedios por parte de los médicos de la asamblea; la instalación de un Taller de Reflexión interno; y la realización de actividades culturales.

No obstante, al poco tiempo de conseguido, surgieron disputas sobre la disyuntiva de llevar a cabo proyectos de micro-emprendimientos autogestionados u otros subvencionados por el Gobierno de la Ciudad. Gran parte de la asamblea se opuso a esta segunda opción, a la que calificaba de “acuerdista”, por su vinculación con uno de los principales destinatarios de sus reclamos. El resto, la veía como una oportunidad interesante para los no pocos vecinos que se hallaban sin trabajo, los que habían sido empadronados como desocupados meses atrás por los propios asambleístas. La controversia culminó con la escisión de un reducido grupo, dispuesto a aceptar la propuesta del CGP y a trabajar en el galpón (posteriormente abandonado por la asamblea).

Otro punto de discusión rondaba en torno a una pregunta recurrente (y sin respuesta última), que interrogaba por el destino de la asamblea; el siempre presente “¿Hacia dónde van las Asambleas?”. Esto denotaba la falta de un objetivo consensuado y preciso, mas allá de cierta retórica antisistema, que, sin embargo, no dejaba de inquietar a sus miembros. Con miras a debatir sobre tal cuestión, se abrió entonces el antes mencionado Taller de Reflexión donde podía ahondarse en temas relativos a la esencia misma del movimiento, aunque sin decisiones vinculantes.

El éxito de esta iniciativa fue rotundo. El Taller funcionó no sólo como un espacio de discusión interna para mejorar el desarrollo de las reuniones, sino también, y más importante aún, como un momento de encuentro entre los vecinos, de socialización y de estrechamiento de los lazos personales. Sin embargo, estuvo muy lejos de delinear siquiera una tentativa de solución al dilema que le dio origen.

En cuanto al grado de relación con otros grupos y organizaciones, puede destacarse su activa participación en la Interbarrial de Parque Centenario. En sus inicios, esta “Asamblea de asambleas” convocaba masivamente a representantes de todos los barrios de la Capital Federal, los cuáles se acercaban con sus banderas distintivas a participar de una asamblea que no limitaba el acceso ni restringía el voto individual. En general mantenía las pautas de funcionamiento de cualquier otra

asamblea: se sorteaba el coordinador, se confeccionaba la lista de oradores, se realizaban las exposiciones y finalmente se votaba a mano alzada por simple mayoría (por la opción afirmativa, negativa o abstenciones). También existían comisiones de trabajo como la interbarrial de salud, otra de prensa y algunas transitorias para la organización de eventos específicos.

Sin embargo, los conflictos no tardaron en llegar, esta vez ante la prolongación de las ponencias que retrasaban el momento de la votación, la que finalmente se efectuaba entre los pocos participantes aún presentes, con consignas contradictorias, y entre errores de recuento. Además, las maniobras partidarias sumaban enfrentamientos que tensaban el clima general. El fantasma del “aparateo” se hacía presente una vez más.

La solución arribó a partir de un consenso logrado a favor de ciertas medidas de control que incluían: el nombramiento de tres delegados rotatorios por asamblea con un único voto final entre los tres y mandato imperativo; la acreditación de dichos delegados como miembros de la asamblea a la que representaban; la reunión de los mismos en un sector apartado del resto de los presentes; la votación por medio de fichas sobre las consignas de la reunión anterior. Esto derivó en un importante recorte de la concurrencia, con votaciones “automatizadas”, y al interior de un bar que la aislaba del espacio público conquistado poco tiempo atrás. La tan temida institucionalización, contraria al espíritu espontaneísta inicial, se iba apoderando, a pesar de la retórica opositora, del funcionamiento y desarrollo de la Asamblea mayor.

A pesar de dichas transformaciones, Parque Rivadavia mantuvo su participación semanal en la misma y dedicó mucho tiempo y discusiones a la formulación de propuestas con miras a su fortalecimiento. El descrédito y desencanto general respecto a la Interbarrial alcanzó también a dicha asamblea que, sin embargo, no dejó de enviar sus delegados a la misma.

Transcurrido un año de su nacimiento, nos encontrábamos con una asamblea disminuida en su número de miembros; que había sufrido un trágico episodio de división interna en el cual un sector optó por definirse hacia una postura más flexible y transigente con los CGP (importante punto de controversias en diversos episodios de la vida asambleística); debilitada en su iniciativa de lucha y fuerza de convocatoria masiva; con una participación cada vez más laxa en una Interbarrial diezmada y cuestionada en su funcionamiento... Sin embargo, frente a posturas pesimistas o descreídas acerca de importancia y significación de la dinámica asamblearia, es necesario rescatar el aporte positivo de la misma a la sociedad argentina de nuestro tiempo, como un despertar de la conciencia ciudadana sumergida en un letargo político, que, más allá de su notorio retroceso, permanece latente en la memoria de los argentinos.

Haciendo uso del concepto arendtiano de “acción” es posible leer el movimiento asambleístico en general y la asamblea de Parque Rivadavia en particular, como la recuperación de la política en tanto actividad espontánea; irreversible; en un ambiente de pluralidad en el cual los

individuos pueden, sin embargo, expresar su unicidad; que no responde a la lógica instrumental de medios y fines; imprevisible; ajena a toda cadena de causalidad; capaz de implantar un nuevo “comienzo” en la historia; y que logra escapar de las manos de sus “fundadores” hacia rumbos impredecibles.

Una acción inserta en una trama de relaciones humanas como un nuevo comienzo; que escribe su propia historia (aun inconscientemente); en la cual cada integrante revela su “quien” por su propia acción y discurso respondiendo a la pregunta inicial del ¿Quién eres tu?¹; y donde, aunque no se sepa ciertamente lo que se está haciendo, no existe la posibilidad de deshacer². Una acción respaldada por el común acuerdo, la fortaleza derivada de las promesas mutuas y la deliberación conjunta; capaz de instalar un “origen” que contiene su propio “principio”, el cual lo salva de su arbitrariedad inicial, *“inspira los hechos que van a seguirlo y continúa siendo visible durante todo el tiempo que perdura la acción”*³. Puede esperarse entonces que, quizás en virtud de su vigencia en el recuerdo de quienes, por motivos diversos, se acercaron a formar parte de la misma, se verifique aquél nexo señalado por Hannah Arendt entre fundación, aumento y conservación, *“en virtud de la cual todas las innovaciones y cambios se religan a la fundación a la cual, al mismo tiempo, aumentan e incrementan”*⁴.

¹ Hannah Arendt; “Labor, trabajo y acción. Una conferencia”, *De la Historia a la Acción*; Paidós-Pensamiento Contemporáneo Nro 38; Barcelona; 1995; p. 104.

² Ídem; p. 106.

³ Hannah Arendt; *Sobre la Revolución*; Alianza; Madrid; 1992; p. 220.

⁴ Ídem; p. 208.